

## CAPÍTULO XXIV

---

### Constancia en el bien y en todo lo que emprendió

Enseña santo Tomás que una de las señales más evidentes de predestinación es la constancia<sup>1</sup> en las resoluciones, la perseverancia en las obras emprendidas por la gloria de Dios y, sobre todo, en la vocación. Esta opinión del Ángel de las Escuelas se basa en las palabras de Jesucristo: *Quién resista hasta el final se salvará*<sup>2</sup>. Y también: *El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el reino de Dios*<sup>3</sup>.

Una de las notas características de la vida del Padre Champagnat es su generosidad y constancia en la práctica de la virtud. Se manifestó constante siempre y en todo, en lo pequeño y lo grande.

Constante en la oración, entregándose a tan santo ejercicio con asiduidad y fervor admirables, a pesar de los obstáculos y ocupaciones que llenaban su vida.

Constante en la lucha contra sus defectos, en mortificar la naturaleza y someterla al espíritu y en combatir en sí mismo cuanto pudiera oponerse a la acción de la gracia o debilitar la pureza de su alma.

Constante en aguantar con resignación perfecta la oposición y las persecuciones de los hombres, las aflicciones, enfermedades, contrariedades y toda clase de sinsabores inherentes al gobierno<sup>4</sup> de una comunidad numerosa.

Constante en su devoción a la Santísima Virgen y en su tierno amor a Nuestro Señor, que fueron aumentando hasta su muerte.

Constante en su vocación; se esforzó sin descanso en ser fiel, y se entregó por entero a lo que le pedía.

Constante en las obras que había emprendido para gloria de Dios y salvación de las almas, aunque con frecuencia careciese de medios humanos y recursos económicos y surgiesen obstáculos de todo tipo para arredrarle.

“Aunque toda la tierra estuviese contra mí –decía a veces–, no retrocedería. Con saber que Dios quiere una obra y que mis Superiores la aprueban, ya no me importan la oposición de los hombres y las dificultades, no les doy importancia. Si hubiera que pararse cada vez que faltan los recursos humanos o cuando una dificultad se cruza en el camino, nunca se haría nada. El demonio es, por esencia, enemigo del bien. Es imposible emprender una buena obra sin sentir su oposición; se esforzaría por hacerla fracasar suscitando contra ella las pasiones de los hombres. Asustarse por ello, desalentarse por los obstáculos que surgen, es ofender a Dios, ya que es ignorar la naturaleza de sus obras, que siempre llevan el sello de la cruz; es traicionar los intereses de la religión y ceder cobardemente la victoria al enemigo.”

\* \* \*

Esta constancia y firmeza del Padre Champagnat lograron salvar a varios centros cuyo hundimiento se habían propuesto los enemigos de la religión.

En algunos pueblos aconteció más de una vez que para deshacerse de los Hermanos, les hicieron blanco de vituperios, calumnias, persecuciones. Se llegó a suprimirles los honorarios y adoptar toda clase de presiones para impedir que los niños acudiesen a sus escuelas. Pero todos los esfuerzos del poder infernal fueron inútiles: la perseverancia y paciencia del piadoso Fundador lo hicieron salir airoso de todas estas asechanzas. Nunca consintió en ceder al enemigo un palmo de terreno; prefirió mantener a los Hermanos a cargo de la institución, antes que abandonar las escuelas<sup>5</sup>.

Esa conducta y desinterés le merecieron la confianza de los hombres de bien y le valieron muchas solicitudes de fundación. Querían confiar la dirección de las escuelas a un hombre que era capaz de hacer tales sacrificios con tal de mantener las obras que la caridad ponía en sus manos.

Esta constancia y tenacidad en llevar adelante sus proyectos y en mantener las escuelas que había fundado no procedían de temeridad ni obstinación. No retrocedía ante las dificultades, pero tampoco las provocaba. Hacía todo el bien que podía y le permitían sus recursos. Confiado en la Providencia, sólo se ocupaba de resolver las necesidades que se presentaban. Ésa es la razón de que la casa del Hermitage carezca de un plan de conjunto estructurado, al ser construida por partes según las necesidades del momento.

“Hay dos medios sumamente eficaces para conseguir el triunfo de la religión en las persecuciones y desbaratar los planes de los malvados contra las obras de Dios –decía el Padre Champagnat.

El primero es ganar tiempo. Ya sabéis lo que dice el refrán: ganar un día es ganar ciento. Ahora bien, en ese lapso mil circunstancias pueden cambiar el cariz de las cosas. Una muerte, un cambio en la administración, cualquier acontecimiento puede libraros de los enemigos más temibles, o cambiar sus sentimientos<sup>6</sup>, y convertirlos en amigos y protectores.

El segundo es la resistencia pasiva por medio de la paciencia: aguantar persecuciones y malos tratos de los malvados sin quejaros, sin lamentaros ni responder a sus ataques y acusaciones calumniosas<sup>7</sup>.

Pero suele suceder que, al querer defenderse, se exacerban las pasiones, se enconan e irritan los ánimos, y, con ello, no sólo se mantiene, sino que se aviva la llama de la persecución. Mientras que, si se corta el pábilo, la llama se apaga.

Cuando os veáis perseguidos, seguid el consejo de san Pablo: *Benedicid a los que os persiguen; bendicid, sí, no maldigáis; no te dejes vencer por el mal; antes vence el mal a fuerza de bien*<sup>8</sup>.

Imitad a los primeros cristianos<sup>9</sup>: quedaos en vuestras casas y no tengáis más trato con los de fuera que el indispensable; manteneos unidos a Dios e intensificad vuestro celo en la educación de los niños. Pero no queráis hacer ruido, y evitad lo que pudiera atraer la atención de la gente. Con estas sabias precauciones, con este proceder humilde y cristiano, venceréis siempre a los enemigos; y la tempestad, por muy furiosa que sea, pasará sin causaros daño ni arrancar uno solo de vuestros cabellos.”<sup>10</sup>

Quería que se tuviese el mismo comportamiento en caso de rivalidad.

“En tales situaciones –decía– no se os ocurra imitar a vuestro contrincante. Dejadle que haga ruido, que invente estratagemas y haga mil promesas para atraer a los niños a su escuela. Vosotros limitaos a observar mejor la Regla, y seguid vuestro método de enseñanza. No cambiéis nada en el modo de actuar, conformaos con intensificar el celo y la entrega en formar a los niños en la piedad y hacerlos progresar en los conocimientos esenciales de la enseñanza primaria.

Si obráis así, tendréis alumnos, superaréis la competencia, y, lo que es infinitamente mejor, os mantendréis en el espíritu de vuestra vocación, edificaréis a los feligreses de la parroquia y atraeréis sobre vosotros las bendiciones de Dios.

Por el contrario, luchar ostensiblemente, dando ciertas materias sólo porque las da vuestro competidor, cambiando los programas para acomodaros a los suyos, etc., es la forma de perpetuar la rivalidad, porque entonces se excita el amor propio y ninguna de las partes quiere ceder.

Precisamente en estas ocasiones hay que tener presente que hacemos la obra de Dios; que el éxito en las obras de Dios se consigue especialmente con los medios que

proporciona la religión, como la piedad, la fidelidad a los deberes de estado, el buen ejemplo, la práctica de las virtudes cristianas y el celo por la propia perfección y la santificación de los niños. Utilizar este tipo de armas, desconocidas para el mundo, es asegurar la victoria. Prescindir de ellas, anteponer los medios humanos, es perpetuar la lucha y propiciar el triunfo del adversario.

\* \* \*

Si es cierto que el Padre Champagnat necesitó generosidad y constancia para sacar adelante la obra de los Hermanos, no le fueron menos necesarias para mantener la de los Padres en la diócesis de Lyon. ¡Cuántos trámites ante los Superiores eclesiásticos y ante sus propios colegas para poner en marcha la obra! ¡Cuántas cartas! ¡Cuántos viajes largos y fatigosos con este fin! Por su correspondencia con el reverendo Padre Colin, podemos comprobar que ningún sacrificio le parecía grande. Tanto que el Padre Colin se vio obligado a menudo a moderar su fogosidad<sup>11</sup>. En cuanto quedó perfilado en el seminario mayor el proyecto de la Sociedad de los Maristas, se consagró a él totalmente y prometió a Dios trabajar toda su vida para que tal plan se llevase a cabo.

Una de sus mayores penas hubiera sido, según confesó en diversas ocasiones, morir antes de ver definitivamente constituida la Sociedad y sin haber emitido en ella los votos religiosos. Por eso, el mismo día que recibió la noticia de la aprobación del Instituto de los Maristas por la Santa Sede, escribió al reverendo Padre Colin pidiendo hacer la profesión.

La generosidad, la abnegación y la constancia fueron virtudes que practicó toda la vida. Y una de sus consignas preferidas era que cuando uno se entrega a Dios, hay que hacerlo de veras, sin reservas ni rodeos. “¡Ay de los que echan de menos –decía– las cebollas de Egipto!; no son aptos para la tierra prometida de la vida religiosa. Querer regatear con Dios, perderse en interminables disquisiciones para consagrarse o hacerlo sólo a medias y con reservas, es demostrar que se desconoce la grandeza de Dios, la excelencia de la vocación religiosa, la belleza de la virtud, el precio de la salvación y la felicidad del cielo. Es desconfiar de Dios y ofenderlo; es tenderse un lazo a sí mismo y exponerse a caer, tarde o temprano, en las redes del demonio. ¿Queréis una prueba de todo esto? Preguntad a quienes perdieron su vocación cómo empezó el proceso de volver al mundo. La inmensa mayoría os responderá que se perdieron porque, al entrar en la vida religiosa, al entregarse a Dios, lo hicieron con reservas, pusieron condiciones en sus compromisos, tenían segundas intenciones, habían dejado un portillo abierto para volver al mundo, y el demonio aprovechó ese portillo para meterse en su corazón y adueñarse de él.”

\* \* \*

La inconstancia era para el buen Padre prueba inequívoca de ineptitud para la vida religiosa. Cuando examinaba a los postulantes, si veía que habían probado diversos oficios, los rechazaba sin más.

– ¿Qué empleo ha ejercido? –preguntó a un joven que se empeñaba en entrar en el noviciado.

– He tenido varios –respondió el postulante, e inmediatamente le nombró tres o cuatro.

– Pues vaya a probar el quinto –repuso el Padre–: es usted demasiado inconstante para nuestra vida. Para ser religioso hay que saber asentarse y usted me da la impresión de que no tiene suficiente fuerza de carácter para eso.

Acababa de ser despedido otro postulante que había pasado unos meses en el noviciado. Un Hermano de los más antiguos, movido a compasión al verlo llorar, fue a implorar misericordia para él. “Mire, Hermano –le respondió el Padre–, ese muchacho no

merece ese favor. Además no le iba a servir de nada, pues es de los que habla el Espíritu Santo en el Eclesiástico<sup>12</sup>, cuando dice: *El necio muda como la luna*. Esta clase de personas son poco aptas para la virtud, que requiere carácter firme y voluntad enérgica. Menos aún sirven a nuestro género de vida, en el que la paciencia y constancia son imprescindibles para ser fieles a la Regla y para educar a los niños.”

Presentóse otro joven<sup>13</sup> para ser admitido en el Instituto. Al Padre le pareció que el postulante había sido criado con cierto refinamiento, y temió que no podría aguantar la vida de comunidad. Por eso, después de ponderarle las dificultades que encontraría, le dijo:

- Mida bien sus fuerzas, piénselo y vea si es capaz de sobrellevar tales sacrificios. Creo que no podrá; este género de vida le va a resultar demasiado difícil.

Después de unos minutos de reflexión, respondió el joven:

- Comprendo que esta vida resulte dura para la naturaleza. Sin embargo, creo que me acostumbraré por dos razones, y ellas me determinan a quedarme en su Instituto, si tiene a bien admitirme. La primera es que, con la gracia de Dios, creo que seré capaz de hacer lo que otros están haciendo. Aquí tiene usted varios postulantes más jóvenes que yo; si ellos son capaces de cumplir la Regla, también lo seré yo. La segunda es que hace más de tres años que he decidido abrazar la vida religiosa, he pedido esa gracia a la Santísima Virgen y me mantengo en mi propósito, aunque mis padres han hecho lo posible por disuadirme.

Encantado con esta respuesta, el Padre le respondió emocionado: “Sí, amigo, usted está hecho para la vida religiosa. Me lo evidencian su tenacidad en la oración y en sus propósitos. La constancia es una cualidad excelente; consérvela con esmero, le dará la perseverancia en la vocación y hará de usted un santo religioso.”

Cierto día vio el piadoso Fundador el libro de oficio de un Hermano sobre una mesa. Lo abrió y leyó estas palabras escritas a mano en la primera hoja: “Para alcanzar, por intercesión de María, la gracia de la perseverancia, hago voto de rezar diariamente un avemaría con esa intención.”

“Pedir la perseverancia por intercesión de la Santísima Virgen –dijo al interesado– es algo excelente, debe usted hacerlo todos los días. Pero no debía haberse comprometido por voto a rezar el Ave María, porque en la vida religiosa no se permite hacer voto alguno sin autorización.

El que persevera en practicar una virtud termina por alcanzarla. La perseverancia en pedir una gracia es garantía de que nos será concedida. Por eso, elogio su constancia en pedir a la Santísima Virgen la gracia de la salvación y le aseguro que la divina Madre se la alcanzará si sigue pidiéndosela. Pero reprocho su voto imprudente; no vuelva a hacer otro sin permiso”.

\* \* \*

Vamos a concluir la vida de nuestro venerado Padre con el análisis de una sublime instrucción que dio a los Hermanos sobre la constancia, al explicarles el Evangelio del segundo domingo de Adviento.

“La constancia –les dijo– es una virtud indispensable a un cristiano para salvarse. Mucho más a un religioso para lograr la perseverancia en su vocación y alcanzar la perfección de su estado. El proceder de Nuestro Señor en el Evangelio de este día es una prueba evidente de ello. El divino Maestro hace un espléndido elogio de san Juan Bautista, y declara ante todo el mundo que es el mayor de los nacidos de mujer<sup>14</sup>.

Pues bien, ¿qué pondera especialmente y ante todo en el santo Precursor? ¿Tal vez su inocencia, tan sublime que posiblemente no llegó a cometer voluntariamente ni un

pecado venial? No. ¿Su humildad, tan profunda que se consideraba indigno de desatar la correa de las sandalias de Jesucristo?<sup>15</sup> No: el divino Salvador no menciona la humildad en el elogio que hace de Juan. ¿Es quizá su amor a la castidad, que lo lleva a acusar, sin temor, al rey Herodes por su conducta criminal? No; los elogios de Jesús no se dirigen hacia esa virtud, por muy excelsa y sublime que sea. Sus elogios van encaminados a la constancia del santo Precursor. Para llamar la atención sobre la firmeza inquebrantable de san Juan, Nuestro Señor interpela a quienes le rodean y les pregunta: *¿Qué salisteis a contemplar en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?*<sup>16</sup> No; un alma tan endeble y un carácter tan frívolo no habrían excitado de tal modo vuestra curiosidad y admiración. ¿Qué salisteis a ver? Habéis ido a ver un hombre constante en practicar virtudes excepcionales y heroicas; un hombre constante en desempeñar la misión que Dios le había asignado, en perseverar en la vocación y modo de vida austera que había adoptado; un hombre constante en el servicio de Dios, en la edificación del prójimo, en la reprensión y corrección de los pecadores y en sufrir con paciencia inalterable, con perfecta resignación, las persecuciones de los impíos: ése es el hombre que habéis ido a ver.

Ahora bien, ¿por qué hace Nuestro Señor tantos elogios de la constancia? Porque, en cierto modo, esta virtud abarca todas las demás y, sin ella, de nada sirven las demás. Lo importante no es empezar bien –dice san Agustín<sup>17</sup>–, sino terminar bien; pues declara Jesucristo que *quien persevere hasta el fin se salvará*<sup>18</sup>. Porque esta virtud es la de todos los días y de todos los momentos. Efectivamente, la vida del cristiano, y mucho más la del religioso, es una lucha permanente. Para corregir los defectos, para practicar la virtud, para salvar el alma, tenemos que hacernos continua violencia<sup>19</sup> y luchar contra todo lo que nos rodea. Por ejemplo, tenemos que combatir y luchar:

1. Contra nosotros mismos, contra las pasiones y malas tendencias y contra los sentidos para mantenerlos modestos y controlados.

2. Contra el diablo que ronda, como león rugiente, buscando a quién devorar<sup>20</sup>. Contra ese seductor de los hijos de Dios<sup>21</sup>, ángel de las tinieblas que se disfraza de ángel de luz<sup>22</sup> para disimular mejor sus lazos y hacernos caer con mayor facilidad en sus redes.

3. Contra el mundo, sus vanidades, consignas y escándalos; contra los malos ejemplos de nuestros Hermanos, haciendo no lo que hacen, sino lo que deberían hacer, lo que nos prescribe la Regla. Contra nuestros parientes y amigos, para no dejarnos arrastrar por la carne y la sangre<sup>23</sup>, y amarlos sólo en Dios y por Dios. Contra quienes se declaran enemigos nuestros, *devolviéndoles bien por mal, y acumulando sobre su cabeza carbones encendidos*, como dice el Apóstol.

4. Contra todas las criaturas y objetos que nos rodean, para no apegar a ellos el corazón, sino servirnos sencillamente de ellos como camino para ir a Dios y alcanzar la vida eterna<sup>24</sup>.

5. Finalmente, hemos de luchar y combatir contra el mismo Dios, haciéndole santa violencia por medio de fervorosas plegarias, sobrellevando con paciencia y resignación las pruebas internas, los sinsabores, las sequedades, las tentaciones y demás sufrimientos que él quiera enviarnos.

Ahora bien, sólo una firmeza inquebrantable y una constancia enérgica pueden sostener una lucha tan violenta y continua: los inconstantes, pusilánimes y cobardes no son capaces; por ello se hallan en peligro grave de perderse. A ellos va dirigida aquella temible advertencia de Nuestro Señor: *El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de Dios.*<sup>25</sup>

## A SOLO DIOS LA GLORIA



- <sup>1</sup>“La constancia tiene la misma finalidad que la perseverancia y la misma dificultad que la paciencia. Pero como el fin es más importante, se parece más a la perseverancia” (SANTO TOMÁS, Suma 2.2, q. 137, a.3).
- <sup>2</sup>Mt 10, 22; 24, 13.
- <sup>3</sup>Lc 9, 62.
- <sup>4</sup>El P. Champagnat decía en cierta ocasión: “Podía haber estado mucho más tranquilo en una parroquia, en vez de hallarme continuamente agobiado por el gobierno de esta Sociedad; pero la gloria de Dios y la salvación de las almas requerían de mí esta labor. También hubiera podido vivir pacíficamente trabajando en mi familia, en vez de tantas incomodidades, preocupaciones y viajes como acarrea el gobierno y la dirección de los Hermanos, pero Dios lo quiere así, y estoy satisfecho” (En la libreta de notas n.º 8 del H. Francisco, página 77).
- <sup>5</sup>Tal fue el caso de Feurs (LPC 1, doc. 21 pág. 64).
- <sup>6</sup>Por ejemplo, al día siguiente de la Revolución de 1830 (RLF, pág. 82) el Consejo de Distrito y el Consejo General de Loira se manifiestan contrarios al Padre Champagnat y a sus Hermanos por considerarlos amigos de los derrocados. Pero, a partir de 1833, y sobre todo en 1835 (RLF, pág. 121), ambos Consejos se declaran unánimemente a favor de los Hermanos Maristas.
- <sup>7</sup>La vida del H. Casiano narra un ejemplo especialmente conmovedor de humildad heroica frente a los insultos (CM II, pág. 168).
- <sup>8</sup>Rm 12, 14 y 21.
- <sup>9</sup>Hch 2, 46.
- <sup>10</sup>Lc 21, 18.
- <sup>11</sup>El P. Colin escribe al P. Champagnat. (2) Valoro más que nunca la obra de la Santísima Virgen. La situación de los tiempos que corren sólo consigue avivar mi confianza y valor. Sin embargo, no sé si sería ahora prudente la reunión que solicita. Estoy de acuerdo en que se necesita determinar una sede central de la piadosa empresa; la deseo tanto como usted, pero me parece que en estas circunstancias no resulta prudente viajar en tan gran número... Además, si nos reuniéramos, aunque fuera por poco tiempo sin la aprobación de nuestros Superiores eclesiásticos, podrían sospechar... Tengamos paciencia; sigamos trabajando en formarnos bien. No me molestará que os vea ir en aumento... (OME, doc. 84, pág. 175).
- <sup>12</sup>Eclo 27, 11.
- <sup>13</sup>Se trata de Juan Bautista Grimaud (H. Atalo), cuyos padres acomodados se opusieron mucho tiempo a que ingresara en la vida religiosa (CM, 11, págs. 343-344);
- <sup>14</sup>Lc 7, 28.
- <sup>15</sup>Jn 1, 27.
- <sup>16</sup>Lc 7, 24.
- <sup>17</sup>“El que perseverare hasta el fin se salvará (Mt 24, 12-13). El profeta se entregó en manos de la perseverancia y vio una vida larga; y como el perseverar es una cosa grande y difícil, rogó para conseguir la perfección de su perseverancia al mismo que le mandó perseverar” (SAN AGUSTÍN, Enarraciones sobre los Salmos, 139, 11. BAC 204, pág. 623).
- <sup>18</sup>Mt 10, 22; 24, 13.
- <sup>19</sup>Mt 11, 12.
- <sup>20</sup>1 P 5, 8.
- <sup>21</sup>Ap 20, 7-10; 19, 20.
- <sup>22</sup>2 Co 11, 14.
- <sup>23</sup>Jn 1, 13.
- <sup>24</sup>Rm 12, 20.
- <sup>25</sup>Lc. 9, 62.